

mas de la casa de Robsart con las de un incrédulo semejante.

— Si es el objeto de vm., como yo lo creo, dijo el ministro, poner en salvo, en cuanto sea posible, el honor de esa desdichada señorita, le repito á vm. que debe dirigirse en primer lugar al conde de Leicester. Es en su casa tan absoluto como la reina en su reino; y si dijese á Varney que tal es su voluntad y deseo, la falta de Amy no será tan pública.

— Tiene vm. razón, dijo Tresilian con viveza, sí, tiene vm. razón, y le agradezco infinito el haberme hecho ver lo que la turbacion de mi ánimo me impedía descubrir. No creia tener que pedir una gracia á Leicester; pero doblaré la rodilla ante el orgulloso Dudley, si es necesario, para disminuir algun tanto la confusion y deshonor de la infeliz Amy. ¿Quieren vms. ayudarme á obtener las facultades y el poder necesario de sir Hugo Robsart?

— Sí por cierto; respondió el ministro, mientras Mumblazen dijo lo mismo inclinando la cabeza.

— Tambien es preciso que en caso necesario testifiquen vms. de que modo el buen sir Hugo acogió á ese traidor, y la perfidia con que él sedujo á su desgraciada señorita.

— Al principio, dijo el ministro, no ma-

nifestaba ella preferir su compañía, pero despues los he visto muchas veces juntos.

— *Sentados* en el salon, dijo Mumblazen, y *paseandose* en la huerta.

— En una tarde de la última primavera, añadió el ministro, los encontré en el bosque del sur. Varney tenia una levita oscura, y no le ví la cara. Diéronse prisa á separarse desde que me oyéron, y noté que volvió ella la cabeza para mirarle.

— *Las cabezas mirandose*, dijo Mumblazen. Y el dia en que desapareció, ví al lacayo de Varney, pues conocí la librea, que guardaba los caballos de su amo y de Amy en sillados, detras de la muralla del cementerio.

— Y ahora está, dijo Tresilian, encerrada en un retiro oscuro. Le he cogido en fragante; quisiera que tratase de negar su delito, para convencerle de él con el sable en la mano. Pero es preciso que me disponga á emprender el viage. Persuadan vms. al mismo tiempo á sir Hugo á darme la facultad de obrar en su nombre.

Dicho esto, se fué.

— Es demasiado fogoso, dijo el ministro, y ofrezco á Dios mis oraciones á fin de que le dé la paciencia necesaria para tratar con Varney.

— Paciencia y Varney, dijo Mumblazen, son dos palabras que no suenan juntas mejor

que metal sobre metal en blason. Es mas falso que una sirena, mas rapaz que un gerifalte, mas cruel que un leon *rampante*.

— No sé si podemos, dijo el ministro, pedir á sir Hugo que delegue su autoridad paternal á nadie en el estado en que se encuentra.

— Vuestra reverencia no debe ponerlo en duda, dijo William Badger que acababa de entrar en aquel momento, porque apostaré la vida á que al despertarse va á verse muy otro de lo que ha sido durante un mes.

— ¿Tanta confianza tienes en la medicina que ha ordenado el doctor Diddleum? dijo el ministro.

— Ninguna, respondió Badger, pues no ha bebido ni una gota, porque se ha quebrado el frasco. Pero el señor Tresilian ha traído consigo un artista que ha compuesto para sir Hugo un remedio mejor que todos los del doctor Diddleum juntos. He hablado con él, y aseguro á vm. que no existe un albeitar mas hábil, un hombre que conozca mejor las enfermedades de las bestias; y á buen seguro que no querrá hacer daño á ningun cristiano.

— ¡Un albeitar, miserable! dijo el ministro. ¡Haber dado á sir Hugo un remedio preparado por un albeitar! ¿ Quien le ha dado au-

toridad para ello? ¿ Quien saldrá responsable de las resultas?

— En cuanto á autoridad, yo se la he dado, si vm. no lo ha por enojo: en cuanto á salir responsable, he vivido en el castillo veinte y cinco años, que me han dado el derecho de aplicar, si se ofrece, un remedio á una persona ó á una bestia. ¡Que medicinas he dejado yo de distribuir en la cuadra! ¿ No he aplicado mil veces sangrías, cauterios, ventosas?

Los dos consejeros privados corrieron sin perder un momento á dar esta noticia á Tresilian, que llamó al punto á Wayland, y le preguntó aparte con que derecho se habia atrevido á preparar un remedio para sir Hugo Robsart.

— Debe vm. acordarse, respondió Wayland, de que le tengo dicho haber descubierto los secretos del arte de mi maestro, quiero decir del doctor Doboobie, harto mas de lo que él hubiera querido; y si me habia tomado entre ojos, era únicamente porque muchas personas capaces de distinguir de colores, entre otras una viudita muy linda de Abingdon, preferian mis remedios á los suyos.

— No es tiempo de chancearse, dijo Tresilian. Si la medicina de caballo, que has dado á sir Hugo, le hace el menor mal, te enterraré vivo en una mina de estaño.

— No estoy todavía bastante ducho en el grande *Arcanum* de la transmutacion de los metales , respondió Wayland sin turbarse. Pero nada hay que temer, señor Tresilian; William Badger me ha explicado bien el estado de la salud del digno baronete, y me lisonjeo de poder administrar una dosis de mandrágora capaz de procurar un sueño dulce y tranquilo, que restablecerá sin duda alguna la calma en el ánimo agitado de sir Hugo.

— ¿Estás bien seguro de lo que me dices?

— A la prueba me remito. ¿Que motivo pudiera yo tener para querer causar el menor daño á un pobre anciano amigo de *vm.*? Si Gaffer Pinniewink no me atormenta en este momento, punzandome y atenaceandome las carnes en cada señal que encontrase para ver si eran ó no del diablo, ¿á quien lo debo sino á *vm.*? Lo que yo anhelo es que *vm.* me mire como á un fiel servidor, y podrá *vm.* juzgar de mi buena fé por el efecto que cause el sueño en ese caballero.

No se habia equivocado Wayland en sus conjeturas. El calmante que su esperiencia habia preparado, y que la confianza de William Badger habia administrado, produjo los mas felices efectos. Durmió el baronete algunas horas, y se despertó algo triste y débil, pero mucho mejor dispuesto de lo que habia

estado tiempo hacia, para juzgar sobre lo que podian proponerle. Al punto no aprobó el proyecto de Tresilian de ir á la corte para obtener, en lo posible, una reparacion del daño causado á Amy. — Es preciso abandonarla, dijo; es un halcon que se va con el viento, y no merece el silbido con que se le llama. Consiguieron no obstante convencerle de que era su deber ceder á la voz de la ternura paternal, que le hablaba á pesar suyo en secreto, y consentir que Tresilian hiciese por su hija lo que fuese posible. Firmó pues un poder que dictó el ministro, porque en aquel siglo encontraban las ovejas en su pastor no solamente una guia espiritual, sino tambien un consejero en los negocios temporales.

Veinte y cuatro horas despues de la llegada de Tresilian á Lidcote-Hall, todo estaba dispuesto para su segunda salida; pero se habian olvidado de un punto importante, y el señor Mumblazen les hizo pensar en él. — Va *vm.* á la corte, señor Tresilian, le dijo, y debe *vm.* pensar que los colores de sus armas deben ser *oro* y *plata*, y es una cosa indispensable. La advertencia era justa y muy capaz de embarazarles. Tan difícil era en tiempo de Isabel, como lo ha sido posteriormente en todas épocas, emprender un asunto en la corte sin di-

nero metálico sonante, y era este un artículo que escaseaba en Lidcote-Hall. Tresilian no era rico, y las rentas de sir Hugo Robsart, gracias á su generosa hospitalidad, apenas bastaban á cubrir el gasto de su casa. El que habia indicado la dificultad se encargó tambien de vencerla. El señor Miguel Mumblazen presentó un saco de cuero que contenia trecientas libras esterlinas en monedas de oro y plata de toda especie, fruto de una economía de veinte años, que consagró, sin chistar una palabra, al servicio del que le habia dado el medio de ahorrar aquel dinero recibíendole en su casa. Tresilian aceptó sin vacilar un momento, y tan solo apretandose la mano se manifestáron recíprocamente el gusto que probaban ámbos, el uno consagrando cuanto tenia á un proyecto tan loable, el otro viendo desvanecerse de un modo inesperado un obstáculo que habia temido hallar insuperable.

Miéntas se disponia Tresilian á partir la mañana siguiente, Wayland quiso hablarle, y le dijo que creia debia estar satisfecho del efecto que habia hecho la medicina aplicada á sir Hugo, y que le suplicaba le permitíese acompañarle en su viage á la corte. Tresilian habia pensado ya tambien en ello varias veces, porque la destreza, la inteligencia, los años y recursos que su compañero de viage

habia manifestado en el poco tiempo que le conocia, le habian hecho creer que podria serle sumamente útil. Pero buscaban á Wayland de parte de la justicia para ponerle preso, y le aguardaban el punzon y las tenazas de Pinniewink, para hacerle confesar que tenia hecho pacto con el diablo.

Habiendole manifestado Tresilian este temor, Wayland se echó á reir de buena gana. — No caerán ellos en la cuenta de que el criado de vm. es el herrador brujo. Ya vé vm. mis cabellos y mis bigotes; rizando bien los unos, y tiñendo los otros con un menjurge que yo sé hacer, no me conocerá la madre que me parió.

Verificó esta nueva metamorfosis, y pocos minutos despues se presentó á Tresilian enteramente desfigurado. Tresilian se hallaba aun sin embargo indeciso en aceptar sus servicios, pero las instancias de Wayland se redobláron con nueva fuerza.

— Le debo á vm. la vida, le dijo, y nada deseo tanto como pagar alguna parte de esta deuda. He sabido por Badger, que el asunto que obliga á vm. á ir á la corte no deja de ser peligroso. No me jacto de ser un espadachin, uno de esos guapetones que estan dispuestos siempre á sostener las querellas de sus amos con el sable en la mano. Por el con-

trario, me agrada mas el fin de una comida que el principio de una camorra. Pero sé tambien que podré servir á vm. en tales asuntos mejor tal vez que esos fanfarrones que solo saben hacer uso del sable ó del puñal, y que mi cabeza será á vm. mas útil que pudieran serlo sus brazos.

No se decidia todavía Tresilian; hacia poco tiempo que conocia á este estraño personaje, y no sabia que confianza podria acordarle al servirse de él para el buen éxito de sus proyectos. Aun no habia tomado una determinacion, cuando oyó en el patio un caballo, y casi al mismo tiempo el señor Mumblazen y William Badger entráron corriendo en su cuarto.

— Acaba de llegar, dijo Badger, un criado.... y por cierto que en mi vida he visto una yegua tan hermosa....

— Tiene en el brazo, dijo Mumblazen, una chapa de plata en que se vé un dragon con un pedazo de ladrillo en la boca, y encima una corona de conde. Me ha entregado esta carta para vm., sellada con iguales armas.

Tresilian tomó la carta, y era el sobrescrito: « Al ilustre Edmundo Tresilian, nuestro pariente; » y mas abajo decia: « Con toda diligencia, como si importase la vida. » Abrió la carta y leyó lo siguiente:

« Señor Tresilian, nuestro buen amigo y nuestro querido primo.

» Nos hallamos en este momento con tan poca salud, y al mismo tiempo en circunstancias tan fatales, que deseamos reunir á nuestro lado aquellos amigos con cuyo afecto podemos contar mas particularmente, y os ponemos en primera línea, señor Tresilian, no solamente por la amistad que siempre nos habeis manifestado, sino tambien por las otras prendas personales que os adornan. Os suplicamos, pues, vengais á vernos con la mayor celeridad posible al castillo de Say's-Court, junto á Depford, en donde os hablaremos de asuntos que no juzgamos á propósito confiar al papel. Esperando veros luego, quedamos vuestro afectísimo pariente,

« RATCLIFFE, conde de Sussex. »

— William Badger, dijo Tresilian, que suba al momento el propio; y cuando llegó, le dijo: — ¡ Ah! Stevens, ¿ es vm.? ¿ como está pues milord? »

— Mal, señor Tresilian, muy mal, y necesita tener buenos amigos á su lado.

— ¿ Y cual es su enfermedad? yo nada he sabido.

— No puedo decirselo á vm., señor, pero

está muy malo. Los médicos no saben que decir. Muchas personas de la casa sospechan que puede ser alguna traición, algun sortilegio, ó quizá otra cosa peor.

— ¿Cuales son los síntomas? preguntó Wayland acercandose con resolucion.

— ¿Como? dijo Stevens que no comprendia la pregunta.

— ¿Donde reside el mal? dijo Wayland. ¿Que es lo que le duele? Stevens se dirigió á Tresilian para saber si debia responder á las preguntas de un estrangero, y habiendo recibido una respuesta afirmativa, hizo la relacion de los síntomas de la enfermedad de su amo: pérdida gradual de fuerzas, transpiraciones nocturnas, falta de apetito, debilidad, etc.

— ¿Con un dolor de estómago, dijo Wayland, y una calentura lenta?

— Cabalmente, dijo Stevens sorprendido.

— Conozco esa enfermedad, añadió Wayland, conozco la causa de ella. Su amo de vm. ha comido el maná de S. Nicolas. Pero conozco tambien el remedio. El doctor no dirá que he perdido el tiempo en su laboratorio.

— ¿Que dice vm.? repuso Tresilian arqueando las cejas. Hablamos ahora de uno de los principales señores de Inglaterra, y no es

este el momento mas á propósito para echarla de gracioso.

— No lo permita Dios, respondió Wayland. Lo que digo es que conozco esa enfermedad, y que soy capaz de curarla. ¿Se ha olvidado vm. ya de lo que he hecho con sir Hugo Robsart?

— Partamos al momento, dijo Tresilian. ¡Quien sabe si nuestra llegada!....

Anunciando el nuevo motivo que tenia de ponerse en camino al momento, sin hablar de las sospechas de Stevens, ni de las seguridades de Wayland, se despidió tiernamente de sir Hugo, y salió á carrera para Londres con Wayland y con el criado del conde de Sussex.

